

Históricas Digital



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Martín F. Ríos Saloma

“Marc Bloch (1886-1944). La preocupación por el método histórico”

p. 107-127

Historia y método en el siglo XX

Pilar Gilardi González y Martín Ríos Saloma
(coordinación y presentación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2017

200 p.

(Teoría e Historia de la Historiografía, 14)

ISBN 978-607-02-9836-3

Formato: PDF

Publicado en línea: 16 de abril de 2018

Disponible en:

www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/historia/metodo/691.html

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



HISTORIA Y MÉTODO EN EL SIGLO XX LA PERSPECTIVA HISTORIOGRÁFICA



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



Marc Bloch (1886-1944)

La preocupación por el método histórico

MARTÍN F. RÍOS SALOMA
Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

Introducción

“Es como historiador de la estructura social que me presento ante el Colegio de Francia; pero como un historiador que, situado frente a los hechos humanos y reconociendo en ellos, por naturaleza, hechos psicológicos, se esfuerza cada vez más, en sus trabajos, y se esforzará, en su enseñanza, en explicarlos desde el interior.”¹ Es con estas palabras con las que el célebre historiador francés se presentaba a sí mismo en el *dossier* que redactó en el año 1934 para postular su candidatura a la prestigiosa institución, candidatura que finalmente sería rechazada. Sin embargo, es posible constatar que las palabras contenidas en estas líneas, vistas a la luz del tiempo transcurrido, condensan los aportes que Marc Bloch realizó a la ciencia histórica, los cuales han permitido a los historiadores de la historiografía considerarlo como uno de los grandes intelectuales del siglo XX y, sin duda, como uno de los historiadores franceses de mayor relevancia de la primera mitad de la centuria pasada.

La ingente producción del historiador nacido en Lyon; la profundidad, trascendencia e innovación de sus planteamientos historiográficos; sus aportes a la historia medieval en general y al mejor conocimiento del sistema feudal en particular; su intensa actividad docente; su avidez de conocimiento e inquietudes intelectuales

¹ Marc Bloch, “Projet d’un enseignement d’histoire comparée des sociétés européennes. Candidatures au Collège de France, 1934”, en Marc Bloch, *L’histoire, la guerre, la résistance*, edición de Annette Becker y Étienne Bloch, prefacio de Annette Becker, introducción de Étienne Bloch, París, Gallimard, 2006, p. 443-450, p. 445. El rechazo de la candidatura de Bloch al Collège de France no se debió únicamente a la supresión de cuatro cátedras en abril de 1934, sino a también a sus orígenes judíos: “Les origines juives de Marc Bloch se révéleront être un handicap, les universitaires français étant sensibles à une forme non dite de quotas”. *Idem*, “March Bloch 1886-1944. Vie et œuvre”, *ibidem*, p. 1-77, p. 38.

—que lo llevaron a fundar, como es bien sabido, los *Annales* en 1929—; su participación activa en las dos guerras mundiales, y su trágica muerte en junio de 1944 han generado tal cantidad de estudios y escritos que quien elaboró estas líneas se preguntó a lo largo de varios meses si era posible decir algo novedoso sobre la obra de Marc Bloch.²

La respuesta en realidad vino de los estudiantes a quienes impartí el curso de Comentario de Textos durante el semestre 2014-1: alumnos de primer año de la Licenciatura en Historia, ávidos de conocimientos, a quienes di a conocer la *Apología por la historia*. Yo mismo había leído —gracias al doctor Sergio Miranda— la primera semana de mis estudios universitarios, en el ya lejano año de 1994, la versión castellana del texto “Reflexiones para un lector curioso del método”, publicada en la revista *Eslabones*, y poco después tuve que leer para alguno de los cursos de historiografía la *Introducción a la historia*.³ Entonces me pareció un libro fascinante y cautivador, pero sólo en la relectura realizada para preparar las respectivas clases del

² Frente a la enorme producción historiográfica a propósito de Marc Bloch y su obra resalto los textos introductorios de Annette Becker y Étienne Bloch al volumen que coordinaron bajo el título *L'histoire, la guerre, la résistance* (vid. *supra* nota 1), p. VII-LX y LXI-LXXI, respectivamente. De obligada referencia son los trabajos de Carlos Aguirre Rojas, *Los Annales y la historiografía francesa. Tradiciones críticas de Marc Bloch a Michel Foucault*, México, Quinto Sol, 1996; Jaume Aurell, *La escritura de la memoria. De los positivismo a los postmodernismos*, Valencia, Prensas de la Universidad de Valencia, 2005, particularmente p. 23-66; Dominique Barthélemy, “Marc Bloch”, en Véronique Sales, *Les historiens*, París, Armand Colin, 2003, p. 85-102; Peter Burke, *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales: 1929-1989*, Barcelona, Gedisa, 1993, particularmente los capítulos 1 y 2, p. 15-37; Christian Delacroix, François Dosse y Patrick Garcia, *Les courants historiques en France, XIXe-XXe siècle*, París, Gallimard, 2007, particularmente, p. 200-295; François Dosse, *La historia en migajas. De Annales a la “nueva historia”*, México, Universidad Iberoamericana, 2006, particularmente p. 27-95; Olivier Dumoulin, *Marc Bloch*, París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 2000; Carole Fink, *Marc Bloch. A Life in History*, 2a. ed., Cambridge, Cambridge University Press, 1991; George G. Iggers, *Historiography in the Twentieth Century. From Scientific Objectivity to the Postmodern Challenge*, Hanover/Londres, Wesleyan University Press/University Press of New England, 1997, particularmente p. 51-64, y Massimo Mastrogregori, *El manuscrito interrumpido de Marc Bloch. Apología para la historia o el oficio de historiador*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998.

³ Marc Bloch, “Reflexiones para el lector curioso del método”, *Eslabones. Revista semestral de estudios regionales*, Sociedad Nacional de Estudios Regionales, México, n. 7,

mencionado curso, así como la ponencia origen de este escrito, pude comprender cabalmente y ponderar la enorme riqueza que encierra este pequeño libro y la trascendencia intelectual de su autor.

Hace no mucho, Dominique Barthélemy, uno de los medievalistas franceses más importantes y especialista en el sistema feudal, tomando en consideración que el estilo y el pensamiento de Marc Bloch eran propios de un profesor de la Tercera República y que las ciencias sociales se habían transformado significativamente en los últimos treinta años, se preguntaba si aún podía leerse la obra de Marc Bloch con “confianza y provecho”. Su respuesta era afirmativa, “[...] a condición — sostenía — de situarlo en el contexto intelectual de esta república que hizo eclosionar dos ‘escuelas históricas’ sucesivas: el positivismo, o mejor dicho, la escuela metódica a partir de 1875, y la escuela de los *Annales* en 1929”.⁴

A tenor de mi propia experiencia en el campo histórico, debo disentir de las consideraciones de Barthélemy a propósito de su aseveración, pues si bien es cierto que es necesario situar a Marc Bloch en su contexto histórico, intelectual e historiográfico, tanto mi praxis en el campo de la historiografía a propósito del concepto de Reconquista y el desarrollo del medievalismo español como mi labor docente impartiendo cursos de Historiografía y Metodología Histórica me hacen evidente la vigencia del pensamiento de Bloch, no sólo en el ámbito de la historia medieval sino, en realidad, en el campo mismo de la historia.⁵

Porque la pregunta que lanzara el insigne medievalista al iniciar su *Apología* y que de forma nada inocente ponía en boca de un escolar “¿para qué sirve la historia?” es una pregunta que, como el mismo Bloch sostenía, plantea el problema de la “legitimidad de la historia” y, por lo tanto, no interesa únicamente al gremio de historiadores, sino que “afecta a toda la civilización occidental”.⁶ Una

enero-junio 1994, p. XII-XXI; Marc Bloch, *Introducción a la historia*, 2a. ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1994.

⁴ Barthélemy, “Marc Bloch”, p. 86.

⁵ Martín Ríos Saloma, *La Reconquista. Una construcción historiográfica (siglos XVI-XIX)*, prólogo de María Isabel Pérez de Tudela, Madrid/México, Marcial Pons/Universidad Nacional Autónoma de México, 2011; y del mismo autor, *La Reconquista en la historiografía española contemporánea*, Madrid/México, Sílex/Universidad Nacional Autónoma de México, 2013.

⁶ Bloch, *Introducción a la historia...*, p. 9.

legitimidad que es cuestionada no ya, como en los años de la primera posguerra, por las otras ciencias sociales, sino por una sociedad que cada vez destina menos recursos a la creación de plazas universitarias, que no incluye en los campos de acción prioritaria de la formación posgradual a las humanidades en general y a la historia en particular, que no es capaz de ponerse de acuerdo sobre qué historia enseñar y cómo enseñarla,⁷ que descuida y desatiende a los docentes de historia de la enseñanza básica, media básica y media superior y abusa del discurso histórico. De esta suerte, hemos asistido en los últimos tiempos al hecho de que la Historia ha sido obligada a abandonar los espacios académicos y a participar en el debate político, al punto que la opinión pública pide al historiador que se convierta en jurisconsulto y dirima las querellas que no pudieron resolver los jueces del momento — o los políticos actuales — trayendo al primer plano de la discusión pública conceptos caros a la ciencia histórica como los de “testigo”, “testimonio”, “memoria”.

Pero, complejizando aún más el problema de la legitimidad de la historia y los abusos que de esta disciplina se hacen, en el caso de los acontecimientos más trágicos del mundo contemporáneo — como la *Soah*, la violación de mujeres alemanas por parte del ejército rojo, el despojo de los pueblos indígenas de América Latina, la muerte de los empleados de las Torres Gemelas — se pide al historiador que establezca *la verdad histórica* para restaurar a la “víctima”, a riesgo de que si no participa en tal debate sean los representantes de los poderes públicos quienes se arroguen el derecho de determinar dicha “verdad”.⁸ Así pues, el historiador profesional constata con consternación los “usos públicos de la historia”⁹ mediante los cuales se pretende legitimar gobiernos, regímenes políticos, reivindicaciones

⁷ Una experiencia reciente en México fueron las sucesivas modificaciones a los planes de estudio realizadas durante los gobiernos panistas (2000-2012).

⁸ Estas problemáticas fueron analizadas por François Hartog en la conferencia intitulada “El presente del historiador”, impartida el día jueves 12 de noviembre de 2009 en el marco de la Cátedra Marcel Bataillon *Temporalidades, historias, presente del historiador* desarrollada en el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM.

⁹ Recupero el término de “usos públicos de la historia” de la propuesta colectiva de José Carreras Ares y Carlos Forcadell Álvarez (eds.), *Usos públicos de la historia. Ponencias del VI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea* (Universidad de Zaragoza, 2002), Madrid, Marcial Pons/Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003.

de determinados grupos o ideologías o programas de acción tanto en el ámbito de la política nacional como en el ámbito internacional. Así ocurrió cuando el expresidente español José María Aznar quiso justificar la invasión de Irak como un capítulo más de la lucha multisecular mantenida entre cristianos y musulmanes a partir del 711 o cuando el secretario de Gobernación de los Estados Unidos Mexicanos presentó un documento producto de la investigación judicial llevada a cabo sobre el particular como “la verdad histórica” a propósito de los sucesos de Ayotzinapa, en los que 43 estudiantes de magisterio fueron secuestrados, torturados y asesinados.

Por otra parte, en un mundo globalizado definido por la emergencia de un régimen de temporalidad al que François Hartog ha llamado “presentismo”, caracterizado por la preponderancia del presente sobre los otros tiempos históricos,¹⁰ es necesario preguntarse sobre el papel y la función que puede tener el estudio del pasado. En una era en la que la revolución tecnológica operada a finales del siglo XX ha acortado las distancias y ha impuesto una vertiginosa velocidad en las comunicaciones —elementos que pueden considerarse como algunos de los síntomas más visibles de este nuevo régimen de historicidad— la Historia como disciplina parecería no tener cabida ni sentido porque es un hecho innegable que las sociedades —particularmente las de los países desarrollados y aquellos que se hallan en vías de desarrollo— han experimentado una nueva relación con el tiempo, que se refleja en su permanente conexión a la red y a la demanda perenne de respuestas y noticias instantáneas que dejan poco espacio para la reflexión sosegada y, en consecuencia, para el estudio del pasado. Estos fenómenos sociales se experimentan incluso en las universidades, por cuanto las políticas de evaluación académica demandan constantemente a los colegas de los distintos países un aumento en su productividad, es decir, más en menor tiempo, sin dar tiempo a los intelectuales a generar conocimiento verdaderamente significativo y trascendente.

En este complejo contexto, a casi setenta años de su publicación, *La apología de la historia u oficio del historiador* muestra plenamente su vigencia y los historiadores estamos llamados a releer estas páginas

¹⁰ François Hartog, *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*, trad. de Norma Durán y Pablo Avilés, México, Universidad Iberoamericana, 2007.

ya clásicas con la certeza de encontrar en ellas no sólo las reflexiones de un historiador maduro preocupado por el método, sino las respuestas personales de un intelectual preocupado por los grandes problemas de su tiempo y la forma en que la historia podría contribuir a su comprensión. En este sentido, no deja de sorprender el hecho de que Marc Bloch utilizara ya conceptos y líneas de pensamiento historiográfico — muchos de ellos provenientes de la sociología — que serían desarrollados por las generaciones subsecuentes: estructura, temporalidades, larga duración, semántica histórica, sentido, representación, narrativismo...

Las reflexiones aquí presentadas, realizadas desde el ámbito de la historia, se suman a una larga lista de autores — entre los que debe mencionarse a Peter Burke, François Dosse, Carlos Aguirre, Dominique Barthélemy, Jaume Aurell, Olivier Dumoulin, Carole Fink, Massimo Mastrogregori y Annette Becker — y se centrarán,¹¹ debido a la naturaleza del volumen en el que se integran estas páginas, en los planteamientos metodológicos del pensamiento de Marc Bloch. La mayoría de éstos se hallan contenidos en la *Apología*, pero no he querido dejar de revisar diversos escritos de los años previos por cuanto nos permiten atestiguar la evolución del pensamiento del historiador, soslayando, en esta ocasión, *Los reyes taumaturgos*, *Los caracteres originales de la historia rural francesa* y *La sociedad feudal*.¹²

La preocupación por el método

La preocupación de Marc Bloch por las cuestiones metodológicas se remonta al año de 1906 cuando, con veinte años, escribió un breve texto intitulado *a posteriori* “Cuaderno de metodología histórica”.¹³ En él, el joven Bloch, aún en servicio militar, anunciaba que su deseo

¹¹ Todos ellos citados; *vid. supra* nota 2.

¹² Marc Bloch, *Los reyes taumaturgos*, trad. de Marcos Lara, México, Fondo de Cultura Económica, 1993 [1a. ed. 1924]; *Les caractères originaux de l'histoire rurale française*, Oslo/París, Ashebourg/Les Belles-Lettres, 1931; y *La société féodale*, 6a. ed., prefacio de Robert Fossier, París, Albin Michel, 1994 [1a. ed. 1939].

¹³ Marc Bloch, “Carnet ‘methodologie historique’ ”, en Bloch, *L'histoire, la guerre, la résistance...*, p. 85-95.

era “fijar por escrito ciertas ideas sobre la metodología histórica” que se habían “desarrollado en su espíritu desde hacía algún tiempo” y afirmaba categóricamente, a continuación, que “la historia no tiene existencia científica”. En su programa, esbozado en este cuaderno, Bloch se proponía sustituir la noción de “acontecimiento” por aquella de “fenómeno”, entendiendo por acontecimiento “un conjunto de hechos que tienen por único trazo común ser ordenados en la misma caja de la categoría de tiempo”. El fenómeno, continuaba el joven historiador, “es el producto del análisis del acontecimiento”. Y cerraba la primera página asegurando que el método histórico era un método descriptivo y se oponía al método analítico.¹⁴ Las reflexiones continuaban comparando el método histórico con el método de las ciencias naturales, particularmente la química, para anotar posteriormente que, desde su perspectiva, existía “un orden de fenómenos que llamaremos, si se quiere, fenómenos psico-sociales”.¹⁵ “Para estudiar útilmente este orden — añadía — había que dividirlo en familias; es necesario sustituir un método cronológico [...] por un método analítico que por el análisis llegue a la síntesis científica”.¹⁶ “La historia — sentenciaba — es una recopilación de experiencias. No se trata solamente de publicar esta recopilación [...] se trata, sobre todo, de interpretar”.

Quisiera detenerme un momento para señalar que en francés la frase original reza, literalmente, “L’histoire est un recueil d’expériences”.¹⁷ El término “recueil” fue ampliamente utilizado en las numerosas colecciones de documentos medievales que se editaron en Francia a lo largo del siglo XIX, particularmente cuando se trataba de los cartularios abaciales y catedralicios.¹⁸ En este sentido no me parece

¹⁴ *Ibidem*, p. 87.

¹⁵ *Ibidem*, p. 89.

¹⁶ *Idem*.

¹⁷ *Idem*.

¹⁸ Una de las recopilaciones documentales más importantes del medievalismo decimonónico francés fue preparada por Auguste Bernard (1811-1868) y Alexandre Bruel (1841-1920) y llevaba por título *Recueil des chartes de l’abbaye de Cluny*, 6 v., París, Imprimerie Nationale, 1876-1903. Al respecto véase Sébastien Barret, “CLUNY, Note sur le *Recueil des chartes de l’abbaye de Cluny* d’Auguste Bernard et Alexandre Bruel”, *Bulletin du Centre d’Études Médiévales d’Auxerre* | BUCEMA [en línea], Collection CBMA, Les cartulaires, puestos en línea el 16 de junio de 2009. Disponible en URL: <http://cem.revues.org/11017>; DOI: 10.4000/cem.11017 (fecha de consulta: 17 de marzo de 2014).

gratuito que un medievalista en formación recuperara el término “recopilación”/“recueil” para definir a la historia, pues en buena medida ello era una herencia del método histórico construido en el siglo anterior. Lo que sí me parece interesante y novedoso para la época es que se acompañe del término “experiencia”/“expériences” pues ello encierra en realidad una crítica abierta a ese ingente trabajo de erudición decimonónica y a las propuestas metodológicas de Ranke, Langlois y Seignobos, que se agotaban en reunir y transcribir una enorme cantidad de documentos para determinar los acontecimientos tal y como habían sido. No, los documentos no hablaban por sí mismos y por lo tanto no bastaba con recolectar gran número de éstos: había que saber interrogarlos e interpretar su contenido.¹⁹ Es aquí donde el término “experiencia” adquiere una mayor significación, por cuanto el pensamiento de Bloch se hace eco de las ciencias experimentales y se aparta del positivismo: la historia no está en el documento, no es el documento, sino la experiencia vivida por el sujeto — individual y colectivo —. La historia, podríamos inferir, es vida y, en consecuencia, no se ocupa de la palabra muerta, sino de la experiencia vivida contenida en la palabra.

Páginas adelante, Bloch precisaba que las formas diversas de esa psicología no eran sino los fenómenos de la lengua, los fenómenos religiosos y los fenómenos económicos. De esta suerte, el joven Bloch aseguraba que la historia debería abordar el estudio de “las sociedades”²⁰ y explicar, precisamente, esos fenómenos psicosociales. Bloch concluía este texto afirmando que el mérito del siglo XIX “había sido encontrar el método de la investigación histórica y opinaba que “el método crítico [...] había sido llevado a su punto de perfección”. Pero, añadía, “el historiador se parece a un biólogo que teniendo un microscopio excelente ignora en qué aplicarlo”.²¹ La referencia a la biología hacía patente el interés de Bloch en las ciencias experimentales y en el criterio de científicidad, al tiempo que

¹⁹ *Ibidem*, p. 89. La obra de referencia sobre metodología histórica para Bloch era, por supuesto, la de Charles Langlois y Charles Victor Seignobos, *Introduction aux études historiques*, París, Hachette, 1898.

²⁰ Bloch, “Carnet...”, p. 90.

²¹ *Ibidem*, p. 93-94.

reforzaba la idea según la cual el método crítico propio de la historia hecha en el siglo XIX carecía de sentido si no se daba el paso a la interpretación y era tan inútil como el mejor instrumento científico en manos inexpertas.

A nadie puede escapar la importancia de este texto de juventud por cuanto, en su forma rudimentaria, representa en realidad el programa de trabajo del novel historiador, que es desarrollar un método analítico que permita a la Historia ser considerada como una ciencia gracias a la cual estudiar a las sociedades y sus fenómenos más complejos y profundos: la lengua, las mentalidades y la economía. Tal planteamiento llevaba implícita la necesidad de formular preguntas, es decir, de problematizar estos fenómenos y de trascender los límites impuestos por la erudición decimonónica que focalizaba sus esfuerzos en la depuración de las fuentes, el establecimiento de las fechas exactas y la redacción de una historia política al servicio de la nación.²²

Unos días antes de iniciar la Gran Guerra, el 13 de julio de 1914, Bloch fue llamado a pronunciar un discurso en la ceremonia de entrega de reconocimientos con la que se cerraba el ciclo escolar en el liceo de Amiens. En esta intervención, destinada a jóvenes auditores, Bloch planteaba de forma sencilla los problemas de fondo de la ciencia histórica al tiempo que delineaba una primera definición de su objeto de estudio. Debo citar en extenso:

Como ustedes saben, soy profesor de historia. El pasado forma parte de mi enseñanza. Narro batallas en las cuales no participé, describo monumentos desaparecidos mucho antes de que yo naciera, les hablo de hombres que nunca he visto. Y mi caso es el de todos los historiadores. No tenemos de los acontecimientos del pasado un conocimiento

²² Sobre la Historia en el siglo XIX, dos clásicos, Georges Gooch, *Historia e historiadores en el siglo XIX*, trad. de Ernestina Champourcín y Ramón Iglesia, México, Fondo de Cultura Económica, 1942; Georges Lefebvre, *El nacimiento de la historiografía moderna*, trad. de Alberto Méndez, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1974, y dos estudios renovadores, aunque focalizados en el caso español: Benoît Pélissier, *Un discours national? La Real Academia de la Historia entre science et politique (1847-1897)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2004; Ignacio Peiró Martín, *Los guardianes de la historia. La historiografía académica de la restauración*, 2a. ed. revisada y aumentada, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2006.

inmediato y personal, comparable, por ejemplo, a aquel que su profesor de física tiene de la electricidad. No sabemos nada de los acontecimientos más que por los relatos [*récits*] de los hombres que los vieron realizarse. Cuando estos relatos nos faltan, nuestra ignorancia es completa y no tiene remedio [...]. [Los historiadores] somos jueces de instrucción, encargados de una amplia investigación sobre el pasado. Como nuestros colegas del palacio de Justicia, reunimos testimonios, con la ayuda de los cuales buscamos reconstruir la realidad.²³

Y era precisamente sobre estos testimonios sobre los que el historiador debía realizar la labor intelectual más compleja con el fin de evitar los errores y establecer un poco de verdad: “al arte de discernir en los relatos lo verdadero, lo falso y lo probable se denomina crítica histórica”.²⁴ Este “arte” —y pensemos lo que para un medievalista puede significar el término arte, el cual nos remite a las “artes liberales” — poseía sus propias reglas, tal y como las había desarrollado la “*école méthodique*” de Charles Langlois y Charles Seignobos. La primera era ofrecer las referencias en las notas correspondientes, dado que a través de las notas es posible “verificar el uso que se hace de los testimonios”. “Citar a las fuentes es el primer deber [*devoir*] del historiador.”²⁵ La segunda regla era, en consecuencia, reunir los documentos, los testimonios, y criticarlos, es decir, confrontarlos, pues sólo “en la comparación de los testimonios puede llegarse a la verdad”.²⁶ Y pedía Bloch a sus jóvenes oyentes comprender los aportes de la crítica histórica explicando que “las reglas de la crítica del testimonio”, elaboradas sobre todo por historiadores y filólogos, no eran “un juego de eruditos”, sino que se aplicaban “tanto al presente como al pasado” puesto que eran una forma de llegar a la verdad.²⁷

La lectura de estos dos textos de juventud obliga al historiador a interrogarse sobre las razones profundas que llevaron a Bloch a

²³ Marc Bloch, “Critique historique et critique du témoignage. Amiens, 1914”, en Bloch, *L'histoire, la guerre, la résistance...*, p. 97-107, p. 99.

²⁴ *Ibidem*, p. 100.

²⁵ *Idem*.

²⁶ *Ibidem*, p. 106.

²⁷ *Ibidem*, p. 107.

reflexionar sobre el método histórico, pero también a cuestionarse sobre la aparente contradicción que hay en uno y otro texto respecto de la importancia y el valor dado a la crítica histórica: minusvalorada en el primero, pasa a convertirse en el segundo en la base epistemológica de la historia.

No basta apelar a la mente imaginativa y brillante de Bloch para explicar su preocupación por el método; es necesario tomar en cuenta el contexto intelectual en el que Bloch desarrolló sus estudios y comenzó el ejercicio de su profesión, un contexto marcado por el desarrollo de la sociología y las ciencias naturales que han analizado Aurell y Dosse.²⁸ En este sentido, de forma particular, Dosse ha demostrado que el éxito de Bloch y Febvre se debió en buena medida a haber hecho suyas las críticas provenientes de la lingüística, la antropología, el psicoanálisis y la sociología y haber dado seguimiento a los retos planteados por estas nuevas ciencias, pero también por haber ofrecido respuestas a una sociedad marcada primero por la guerra y después por la crisis económica mundial, que perdía su fe en la noción de progreso y que “desplazaba su mirada de lo político hacia lo económico” a lo largo de las tres primeras décadas del siglo XX.²⁹

Así, el desencanto y la pérdida de certezas convirtieron a la generación de Bloch en una generación crítica con sus maestros, que planteaba nuevas respuestas a nuevos problemas y que buscaba en las ciencias naturales los criterios de científicidad: no es gratuito que una y otra vez, desde el texto de 1906 hasta 1943, año de la redacción de la *Apología por la historia*, nuestro historiador recurra a comparaciones y analogías constantes con las ciencias naturales. Para los nuevos retos que planteaba la sociedad emergida de la Gran Guerra, la historia política tradicional no bastaba; se hacía necesario incidir en lo económico, en lo social y en lo psicológico, y para ello, era obligatorio formular un nuevo método o, en el mejor de los casos, renovar el existente, pues sus límites eran evidentes ante nuevas inquietudes.

De igual forma, es necesario tomar en cuenta la propia formación intelectual de Bloch. Hijo de un reconocido romanista —Gustave Bloch— y alumno de la célebre École Normale Supérieure, Marc Bloch

²⁸ Aurell, *La escritura de la memoria...*, p. 23-49; Dosse, *La historia en migajas...*, p. 27-61.

²⁹ Dosse, *La historia en migajas...*, p. 28.

se formó en el rigor académico de la erudición y en el cuidadoso tratamiento de los documentos. Para los temas que le interesan, el método desarrollado por Langlois y Seignobos en su *Introducción a los estudios históricos* le parece insuficiente. Pero en 1909, Bloch realizó una estancia académica en Berlín y Leipzig, donde pudo comprobar las bondades del método y relacionarse con un rico ambiente intelectual que atraía a jóvenes universitarios de toda Europa. Posteriormente, gracias a su ingreso en la Universidad de Estrasburgo en 1919 al finalizar la Gran Guerra y ser desmovilizado, tendría la ocasión de conocer a personalidades que marcarían de forma indeleble su pensamiento, particularmente Lucien Febvre y Maurice Halbwachs.³⁰ Estas experiencias académicas y universitarias le permitirían matizar su postura original: el método crítico era fundamental, al punto que en la *Apología* recordaría, como buen medievalista, los esfuerzos de Mabillon y sus aportes en la obra *De re diplomatica*, reconociéndole la paternidad de la crítica de los documentos de archivo y calificando el año 1681, fecha de la edición de la obra del benedictino, como “una gran fecha en la historia del espíritu humano”;³¹ pero la crítica sólo es el primer paso, posteriormente habrá que interpretar.

De forma voluntaria saltaré el año de 1929 y la significación de la aparición del primer número de *Anales de Historia Económica y Social* puesto que su trascendencia para la historiografía contemporánea ha sido ponderada en numerosas ocasiones, de tal forma que prefiero recalcar en el texto de 1939 intitulado *Reflexiones para un lector curioso del método*, mencionado más arriba y que es en realidad el trabajo preparatorio que anuncia la *Apología por la historia*, un texto que quería ser un libro y que aspiraba a ver la luz de la imprenta. La *Apología*

³⁰ Carlos Aguirre Rojas, “El itinerario intelectual de Marc Bloch y el compromiso con su propio presente”, en *Contribuciones desde Coatepec*, Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca, n. 2, enero-junio 2002, p. 72-94.

³¹ Bloch, *Introducción a la historia...*, p. 67. Jean Mabillon, *De re diplomatica libri VI, in quibus quidquid ad veterum instrumentorum antiquitatem, materiam, scripturam et stilum; quidquid ad sigilla, monogrammata, subscriptiones ac notas chronologicas; quidquid inde ad antiquariam, historicam forensemque disciplinam pertinet, explicatur et illustratur. Accedunt commentarius de antiquis regum Francorum palatiis; veterum scripturarum varia specimina, tabulis LX comprehensa; nova ducentorum, et amplius, monumentorum collectio, opera et studio domni Johannis Mabillon*, París, L. Billaine, 1681.

es una obra redactada sin la posibilidad de consultar notas ni bibliotecas puesto que su autor se había enrolado ya en el servicio militar.

La primera página de las *Reflexiones* constituye, como la presentación del primer número de *Annales*, un auténtico manifiesto sobre una nueva historia. Es obligado citar en extenso:

La historia que me propongo escribir es la de los franceses, considerados como *grupo social*. No una historia sin política: puesto que la forma en la que los pueblos son gobernados, así como las virtudes, las ambiciones y las ilusiones de sus gobernantes, son uno de los elementos que marcan el destino común. No una historia sin guerras: ¿quién, en el momento en el que ennegrezco este papel, osaría negar a las violencias guerreras el poder de moldear las sociedades o negar que éstas experimentan en algunas ocasiones las más íntimas inclinaciones? No una historia exclusivamente popular: puesto que la acción de las clases dirigentes, junto con la de las de las élites —las dos palabras no son, necesariamente, sinónimos— no se podrá comparar jamás con lo disminuido de su número. No una historia sin individuos, porque las personalidades magnéticas o solamente bien situadas reflejan, como un espejo, las tendencias semiinconscientes de las masas [...]. Pero esta historia quiere ser la de los hombres y no únicamente la de algunos jefes o que se nombran como tales. Esta historia desearía poner al desnudo, bajo las superficies brillantes, [...] las realidades profundas. Tal historia soñaría, en fin, con ser verdaderamente analítica y explicativa, sin cesar, por ello, de mantenerse fiel a los colores de la vida.³²

Y agrega, párrafos adelante, un axioma esbozado en los escritos de juventud y que ahora se encuentra perfectamente elaborado: “Como todos los conocimientos, no importa en qué rama de las ciencias, el conocimiento histórico tiene sus propios límites. El más inmediato, aparentemente, está relacionado con las condiciones que se imponen a la observación. Ésta no es nunca directa. De los fenómenos que estudia, el historiador retiene únicamente los trazos que éstos han dejado”.³³ Para Bloch, estos testimonios podían dividirse en dos categorías, la de los testimonios intencionales y la de los que daban

³² Utilizo la versión francesa: Marc Bloch, “Réflexions pour un lecteur curieux de méthode”, en Bloch, *L'histoire, la guerre, la résistance...*, p. 505-515, p. 507-508.

³³ *Ibidem*, p. 509.

información sin haberlo deseado, inclusive a su pesar. El historiador estaba llamado a reunir la mayor cantidad de testimonios posibles y a confrontarlos utilizando el método crítico ideado por Mabillon, Papenbroech y Beaufort en las postrimerías del siglo XVII y que consistía en reunir la mayor cantidad de diplomas y cartularios, ejercer sobre ellos una crítica externa, analizar los tipos de letra, las tintas empleadas, el tipo de soportes — y una crítica interna — analizar fechas de composición, formularios, signatarios, contenidos —, confrontar los documentos entre sí y con las fuentes cronísticas y, finalmente, elaborar una historia eliminando las leyendas, las interpolaciones, las falsedades consignando únicamente “la verdad”.³⁴ “Bien mirado, asegura ahora Marc Bloch, la originalidad de este método crítico reside menos en la naturaleza de sus herramientas que en la especie de convergencia que realiza, en provecho del discernimiento de la verdad, entre procedimientos de investigación prestados de disciplinas diversas y de horizontes más amplios”.³⁵

Las reflexiones sobre el método crítico llevan a Bloch a cerrar su texto con una crítica a la máxima de Ranke en la cual sostiene que la divisa del viejo historiador alemán, tomada literalmente, estaba desprovista de sentido.³⁶ En su argumentación, nuestro medievalista daría una primera definición de la historia que sería modificada en sus escritos posteriores, pero que merece la pena ser resaltada para poder establecer la evolución de su pensamiento. “Primero porque la historia no es la ciencia del pasado por entero; sino que ésta es, lo que es bien diferente, la ciencia del hombre en el pasado. Es posible, ciertamente, que haya que acordar un lugar a los acontecimientos del mundo físico, pero solamente por cuanto hayan ejercido una acción sobre el destino de los hombres y en la medida de cierta acción”.³⁷

¿Cómo pasó Bloch de una definición según la cual la historia es “la ciencia del hombre en el pasado” a aquella de 1943 según la cual la historia es “la ciencia de los hombres en el tiempo”?³⁸ La pregunta

³⁴ Blandine Barret-Kriegel, *Les historiens et la monarchie, 1. Jean Mabillon*, París, Presses Universitaires de France, 1988.

³⁵ *Ibidem*, p. 511-512.

³⁶ *Ibidem*, p. 515.

³⁷ *Idem*.

³⁸ Bloch, *Introducción a la historia...*, p. 26.

no es banal ni retórica por cuanto muestra una reflexión continuada a lo largo de cinco años en el marco de la guerra y de las inquietudes y angustias que tal suceso generó en los intelectuales que la vivieron, pero también por cuanto muestra la importancia que para Bloch tenía el hecho de dotar a la historia de un criterio de cientificidad que debía incluir un objeto de estudio propio, un método particular, un lenguaje específico y unas herramientas de análisis determinadas.

La respuesta se halla contenida en la propia *Apología por la historia*, un escrito complejo y rico que representa un auténtico testamento intelectual en el que se condensa la experiencia de toda una vida consagrada al quehacer histórico. En este sentido y de forma paradójica, el libro descansa sobre un sólido trabajo erudito desarrollado en los años previos y que dio como resultado *Los reyes taumaturgos*, *Los caracteres originales* y *La sociedad feudal* ya mencionados, tres obras que son referentes fundamentales del medievalismo y de la historiografía contemporánea. Pero también es necesario subrayar que el libro reposa sobre una profunda reflexión epistemológica sobre dos categorías fundamentales de la modernidad: el ser y el tiempo, sólo que en este caso se trata de un ser colectivo: los hombres, es decir, las sociedades. Desconozco la relación que pudo haber tenido Bloch con la obra de Henri Bergson o Martin Heidegger y no es este el lugar para explorar tal vía, pero en cualquier caso, quisiera llamar la atención sobre la coincidencia de las inquietudes intelectuales entre los hombres de aquella generación.³⁹

En la versión que vio la luz de la imprenta, la *Apología* está dividida en cinco capítulos que corresponden a cada uno de los temas de naturaleza epistemológica que inquietaron a March Bloch a lo largo de su vida: “La historia, los hombres y el tiempo”; “La observación histórica”; “La crítica”; “El análisis histórico”; la “Causalidad”. Si tomamos en conjunto la introducción y el capítulo primero veremos la estrecha relación que existe entre la pregunta sobre la legitimidad de la ciencia histórica y el objeto de estudio: la historia sólo es legítima

³⁹ Es sumamente probable que las reflexiones de Bloch sobre el tiempo estuviesen inspiradas más por la obra de Bergson que por la de Heidegger pero ésta sería una vía por explorar en otros trabajos. Sobre Bergson véase Giovanni Reale y Dario Antiseri, “Henri Bergson y la evolución creadora”, en *Historia del pensamiento filosófico y científico*, Barcelona, Herder, 1988, v. 3, p. 624-634.

por cuanto permite comprender el presente mediante el estudio del pasado, de tal suerte que el estudio del pasado, en sí mismo, no sirve para nada, es decir, carece de legitimidad, puesto que con ese proceder no se ofrecen respuestas a las inquietudes presentes.

La definición del objeto de estudio de la ciencia histórica por parte de Bloch conlleva dos nociones que resultaron fundamentales en la renovación historiográfica impulsada por el historiador francés: por una parte, la necesidad y la obligación que tiene el historiador de interpretar, de explicar, de comprender, es decir, de realizar, como escribía nuestro medievalista en 1906, una historia analítica y no sólo narrativa; por la otra, la idea de un continuo movimiento (cambio/transformación) de las sociedades en su devenir, de donde se deriva una continua relación entre el pasado y el presente —con los problemas de observación que ello genera— y la idea, más revolucionaria aún, de que el pasado no es algo dado, sino que es algo que se construye. La ciencia histórica tiene, en consecuencia, como objeto de estudio, no lo muerto y lo estático, sino lo dinámico y lo vivo, pues estudia las rupturas, las continuidades, las innovaciones y las transformaciones de una sociedad a lo largo del tiempo. El tiempo, pues, se convirtió en este último escrito de Bloch, en una categoría fundamental para la historia. Pero no se trataba ya de las viejas cronologías de los siglos de la Razón que pretendían dotar a la historia de un criterio de cientificidad basado en la matemática del cómputo del tiempo, sino en realidad de un tiempo —puedo equivocarme— de naturaleza filosófica (*Le temps historique*) que anunciaba ya las distintas duraciones y temporalidades en y de la historia a las que tanta atención prestarían autores como Fernand Braudel, por ejemplo.⁴⁰ Y en el centro del tiempo, el hombre, tal y como magistralmente lo muestra el diseño de la portada realizada por el Fondo de Cultura Económica: el *Hombre de Vitruvio* inserto en medio de la carátula de un reloj: “L’histoire, science des hommes dans le temps”.⁴¹

⁴⁰ Véase el capítulo primero de la *Apología*: “La historia, los hombres y el tiempo”. Sólo por el gusto de la erudición me permito recordar el artículo de Fernand Braudel, “Histoire et sciences sociales: la longue durée”, *Annales ESC*, n. 4, octubre-diciembre 1958, p. 725-753.

⁴¹ Prefiero la versión francesa: Marc Bloch, *Apologie pour l’histoire ou métier d’historien*, en Bloch, *L’histoire, la guerre, la résistance...*, p. 843-895, p. 867. Subrayo el sentido

Conclusiones

Quisiera cerrar estas líneas con un párrafo que me parece muy revelador del estado de la ciencia histórica en la época en que Marc Bloch escribía su *Apología*:

La historia —decía el antiguo profesor de Estrasburgo— no es solamente una ciencia en marcha. Es también una ciencia que se halla en la infancia: como todas las que tienen por objeto el espíritu humano [...] O por mejor decir, vieja bajo la forma embrionaria del relato, mucho tiempo envuelta en ficciones, mucho más tiempo todavía unida a los sucesos más inmediatamente captables, es muy joven como empresa razonada de análisis. Se esfuerza por penetrar en fin por debajo de los hechos de la superficie; por rechazar, después de las seducciones de la leyenda o de la retórica, los venenos, hoy más peligrosos, de la rutina erudita y del empirismo disfrazado de sentido común.⁴²

A tenor del desarrollo de la historiografía occidental en los últimos setenta años; en los que la historia se ocupó de las estructuras y de “los fenómenos” de larga duración que se desarrollaban debajo de la superficie de la historia de los acontecimientos; en los que la disciplina dio un giro hacia la narrativa y estableció que la historia no era otra sino discursos sobre el pasado, en los que la disciplina se ha ocupado de sujetos que no sólo son “los hombres”, sino que también lo son el clima, los ecosistemas, los olores, las ciudades, el mar, los sentimientos, los espacios, los precios, etcétera; en los que se ha puesto de manifiesto la importante función que posee el relato histórico como creador de identidades colectivas y legitimador de instituciones y en los que, a pesar de todo, seguimos recurriendo a las fuentes y las citamos en las notas, merece la pena subrayar el importante papel que desempeñó Marc Bloch —y con él toda su generación— en aras de la construcción de una historia científica. En cualquier caso, opino, lo más importante consiste en que, hoy

del término *dans* en el francés original y que en castellano podría traducirse no sólo como “en” sino “dentro”.

⁴² *Ibidem*, p. 857-858 de la edición francesa (p. 16 de la edición castellana del Fondo de Cultura Económica).

como ayer, la historia mantiene su sentido originario pues es, ante todo, “investigación”, aunque “el tipo de operaciones intelectuales”, las formas discursivas y de argumentación y los criterios de veracidad “que se consideran válidos en cada momento histórico” se hayan transformado con el correr de los años.⁴³

Marc Bloch dio las respuestas que pudo a las inquietudes de su tiempo y tuvo un papel central al dotar a la disciplina histórica del carácter científico del que carecía subrayando la importancia, precisamente, de la operación hermenéutica y subrayando la importancia de la explicación frente a la mera narración. Nos corresponde ahora responder a las inquietudes de nuestra propia época y a las problemáticas planteadas por la ciencia histórica, practicando siempre la honestidad intelectual e impulsando a los jóvenes historiadores – aprendices del oficio de historiar – a que den sus propias respuestas sobre la utilidad y la legitimidad de la Historia en el siglo XXI.

BIBLIOGRAFÍA

AGUIRRE ROJAS, Carlos, “El itinerario intelectual de Marc Bloch y el compromiso con su propio presente”, *Contribuciones desde Coatepec*, Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca, n. 2, enero-junio 2002, p. 72-94.

———, *Los Annales y la historiografía francesa. Tradiciones críticas de Marc Bloch a Michel Foucault*, México, Quinto Sol, 1996, 248 p.

AURELL, Jaume, *La escritura de la memoria. De los positivismos a los postmodernismos*, Valencia, Prensas de la Universidad de Valencia, 2005, 254 p.

BARRET, Sébastien, “CLUNY, Note sur le *Recueil des chartes de l'abbaye de Cluny* d'Auguste Bernard et Alexandre Bruel”, *Bulletin du Centre d'Études Médiévales d'Auxerre* | BUCEMA [en línea], Collection CBMA, Les cartulaires, puestos en línea el 16 de junio de 2009. Disponible en URL:

⁴³ Recupero en estas líneas las ideas y observaciones vertidas por la doctora Aurelia Valero a propósito de mi trabajo en el marco del coloquio. Agradezco enormemente sus sugerencias, que me permitieron enriquecer el texto de manera significativa.

<http://cem.revues.org/11017>; DOI: 10.4000/cem.11017 (fecha de consulta: 17 de marzo de 2014).

BARRET-KRIEGEL, Blandine, *Les historiens et la monarchie, 1. Jean Mabillon*, París, Presses Universitaires de France, 1988, 299 p.

BARTHÉLEMY, Dominique, "Marc Bloch", en Véronique Sales, *Les historiens*, París, Armand Colin, 2003, p. 85-102.

BERNARD, Auguste y Alexandre Bruel, *Recueil des chartes de l'abbaye de Cluny*, 6 v., París, Imprimerie Nationale, 1876-1903.

BLOCH, Marc, *Introducción a la historia*, 2a. ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1994, 159 p. (Breviarios, 64).

———, *L'histoire, la guerre, la résistance*, edición de Annette Becker y Étienne Bloch, prefacio de Annette Becker, introducción de Étienne Bloch, París, Gallimard, 2006, LXXI+1095 p.

———, *La société féodale*, 6a. ed., prefacio de Robert Fossier, París, Albin Michel, 1994, XII+702 p. [1a. ed. 1939].

———, *Les caractères originaux de l'histoire rurale française*, Oslo/París, Ashenbourg/Les Belles-Lettres, 1931, 262 p.

———, *Los reyes taumaturgos*, trad. de Marcos Lara, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, 492 p. [1a. ed. 1924].

———, "Reflexiones para el lector curioso del método", *Eslabones. Revista semestral de estudios regionales*, Sociedad Nacional de Estudios Regionales, México, n. 7, enero-junio 1994, p. XII-XXI.

BRAUDEL, Fernand, "Histoire et sciences sociales: la longue durée", *Annales ESC*, n. 4, octubre-diciembre 1958, p. 725-753.

BURKE, Peter, *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales: 1929-1989*, Barcelona, Gedisa, 1993, 142 p.

CARRERAS ARES, José y Carlos Forcadell Álvarez (eds.), *Usos públicos de la Historia. Ponencias del VI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea (Universidad de Zaragoza, 2002)*, Madrid, Marcial Pons/Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003, 360 p.

DELACROIX, Christian, François Dosse y Patrick Garcia, *Les courants historiques en France, XIXe-XXe siècle*, París, Gallimard, 2007, 724 p. (Col. Folio Histoire, 158).

- DEYON, Pierre, Jean-Claude Richez y Léon Strauss, *Marc Bloch. L'historien et la cité*, Estrasburgo, Presses Universitaires de Strasbourg, 1997, 222 p. (Collection de la Maison des Sciences de l'Homme de Strasbourg, 22).
- DOSSE, François, *La historia en migajas. De Annales a la "nueva historia"*, México, Universidad Iberoamericana, 2006, 249 p.
- DUMOULIN, Olivier, *Marc Bloch*, París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 2000, 340 p.
- FINK, Carole, *Marc Bloch. A Life in History*, 2a. ed., Cambridge, Cambridge University Press, 1991, 371 p.
- GOOCH, Georges, *Historia e historiadores en el siglo XIX*, trad. de Ernestina Champourcín y Ramón Iglesia, México, Fondo de Cultura Económica, 1942, 607 p.
- HARTOG, François, *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*, trad. de Norma Durán y Pablo Avilés, México, Universidad Iberoamericana, 2007, 243 p.
- IGGERS, George G., *Historiography in the Twentieth Century. From Scientific Objectivity to the Postmodern Challenge*, Hanover/Londres, Wesleyan University Press/University Press of New England, 1997, 182 p.
- LANGLOIS, Charles y Charles Victor Seignobos, *Introduction aux études historiques*, París, Hachette, 1898, XVIII+308 p.
- LEFEBVRE, Georges, *El nacimiento de la historiografía moderna*, trad. de Alberto Méndez, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1974, 340 p.
- MABILLON, Jean, *De re diplomatica libri VI, in quibus quidquid ad veterum instrumentorum antiquitatem, materiam, scripturam et stilum; quidquid ad sigilla, monogrammata, subscriptiones ac notas chronologicas; quidquid inde ad antiquariam, historicam forensemque disciplinam pertinet, explicatur et illustratur. Accedunt commentarius de antiquis regum Francorum palatiis; veterum scripturarum varia specimina, tabulis LX comprehensa; nova ducentorum, et amplius, monumentorum collectio, opera et studio domni Johannis Mabillon*, París, L. Billaine, 1681, XIX+664 p.
- MASTROGREGORI, Massimo, *El manuscrito interrumpido de Marc Bloch. Apología para la historia o el oficio de historiador*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998, 140 p.
- PEIRÓ MARTÍN, Ignacio, *Los guardianes de la historia. La historiografía académica de la restauración*, 2a. ed. revisada y aumentada, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2006, 446 p.

PELISTRANDI, Benoît, *Un discours national? La Real Academia de la Historia entre science et politique (1847-1897)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2004, 466 p.

REALE, Giovanni y Dario Antiseri, “Henri Bergson y la evolución creadora”, en *Historia del pensamiento filosófico y científico*, 3 v., Barcelona, Herder, 1988, v. 3, p. 624-634.

RÍOS SALOMA, Martín, *La Reconquista en la historiografía española contemporánea*, Madrid/México, Sílex/Universidad Nacional Autónoma de México, 2013, 242 p.

———, *La Reconquista. Una construcción historiográfica (siglos XVI-XIX)*, prólogo de María Isabel Pérez de Tudela, Madrid/México, Marcial Pons/Universidad Nacional Autónoma de México, 2011, 351 p.